

La expresión "guerra fría" la inventó Bernard Baruch y la difundió Walter Lippmann. Bernard Mannes Baruch fue un riquísimo —"de botones a millonario"— consejero presidencial en las dos guerras mundiales en las que intervinieron los Estados Unidos; Lippmann, un columnista liberal, en forma de moralista, que luego se enfrentó con las consecuencias de la guerra fría —la época McCarthy— en su país. Winston Churchill utilizó continuamente la expresión: fue siempre un guerrero frío. Inventó (aunque hay quien dice que la tomó de otros) la expresión "telón de acero", típica de la guerra fría. Porque una de las características de ese estado de tensión es un continuo invento semántico: "telón de acero", "guerra fría", "mundo libre", "civilización occidental".

Atendiendo a sus datos modernos, el principio de la "guerra fría" se sitúa en el año 1947: es la fecha del European Recovery Program, o Plan Marshall —el general Marshall era secretario de Estado, sucesor de Byrnes: la elección de un militar para un puesto diplomático indicaba el estado de la tensión—, y de su denuncia por la URSS —por Molotov, en la conferencia de París—, que respondía con la creación de la Kominform —Oficina de Información Comunista—, que continuaba o trataba de continuar con otro nombre menos duro la Komintern —Internacional Comunista—, abolida en la coalición de guerra con las democracias. Tres meses antes del Plan Marshall, Truman había definido su doctrina —"Doctrina Truman"— de "ayuda a los países amenazados por las presiones soviéticas" para hacer de ellos una "contención frente al fenómeno de la satelización".

Truman, protagonista

Truman fue el primer protagonista de la guerra fría. Fue una típica revelación de vicepresidente ascendido repentinamente a la Presidencia. Roosevelt había intentado unas negociaciones más a fondo con la Unión Soviética, que pudieran continuar, cuando llegara la paz, la alianza de guerra. Tenía frente a él la enemistad de Churchill, antisoviético a ultranza, que había llegado a la alianza con el Kremlin por medio de una frase: "la



El día que comenzó la conferencia de Potsdam (16 de julio de 1945), con Truman, Stalin y el primer ministro británico Attlee, los Estados Unidos hacían estallar la primera bomba atómica.

BREVE HISTORIA DE LA GUERRA FRÍA

JUAN ALDEBARAN

alianza con el demonio", necesaria para librarse de Hitler. Nunca perdió la idea del comunismo como expresión demoníaca; quizá de Stalin como el mismo demonio o uno de sus más acreditados agentes. Roosevelt murió —12 de abril de 1945—; Truman era un vicepresidente pintoresco, antiguo camisero, rodeado de anécdotas cómicas; Roosevelt había aceptado su vicepresidencia para contrapesar, en tanto que conservador, derechista, su propia figura, muy combatida por los sectores arcaicos de la sociedad. Truman fue fácil de manejar por Churchill; Churchill era un gran mito mundial; Truman, un advenedizo. Pero en el terreno del conservadurismo se entendían fácilmente. Sin embargo, cuando Truman fue a Potsdam para entrevistarse con los otros "grandes", Churchill ya no estaba: había perdido las elecciones en su país y le sustituyó Attlee. Unos meses antes, la conferencia anterior, con Roosevelt y Stalin, había creado lo que se llamó "el espíritu de Yalta". En Potsdam todo cambió.

El "niño" que nació bien

Hay una coincidencia de fechas que tiene una enorme importancia: el 16 de julio de 1945 comenzaba la conferencia de Potsdam y el mismo día se ensayaba la primera bomba atómica en la Historia del mundo. Truman asistía a la conferencia, donde hasta ese momento continuaba el "espíritu de Yalta", cuando un ayudante le entregó un telegrama con estas misteriosas palabras: "Baby well born". El niño que había nacido bien era, según la clave, la bomba atómica, que menos de un mes después se ensayaría en vivo sobre Hiroshima y Nagasaki. Dicen los testigos que, a partir de aquel momento, Truman cambió, se enfrentó directamente con Stalin y se volvió atrás de todo o parte de lo acordado en Yalta. Sobre este dato sería mejor establecer la fecha de la guerra fría en ese momento.

En realidad, la Historia tiene siempre antecedentes válidos.

No es en vano que los principales protagonistas de esta historia en su comienzo, como son Churchill, Baruch o Lippmann, fueran personajes de la primera guerra mundial. El comunismo se implantó en Rusia en 1917, y su enemigo principal era el capita-



McCarthy convirtió a la comisión menor del Senado, que presidía, en un auténtico Tribunal de la Inquisición.

lismo: desde ese mismo momento estaban enfrentados los Estados Unidos y la nación que pasaría a llamarse Unión Soviética. Los famosos catorce puntos de Wilson para la primera posguerra eran un programa frente a las tesis de Lenin. Hay muchas posibilidades de que estuvieran redactados personalmente por Bernard Baruch o, por lo menos, bajo su influencia decisiva. Desde Londres, Churchill se ocuparía personalmente del "cordón sanitario" que las grandes potencias quisieron forjar para aislar a la Unión Soviética y de los cuerpos expedicionarios que participarían en la guerra civil. No es ex-

dría pensarse que sin el cordón sanitario la guerra civil, el cerco económico, etcétera, la revolución rusa se hubiera desarrollado por la vía más abierta de sus primeros momentos y de sus doctrinas originales; en cambio, produjo a Stalin. Podría pensarse, también, que la alianza de guerra y el espíritu de Yalta hubiesen conseguido otra Unión Soviética; la guerra fría volvió de nuevo al comunismo defensivo, huraño y desconfiado. Antes del Plan Marshall, en 1946, Stalin destituyó al mariscal Zhukov, héroe nacional, ocupante de Alemania, que había desarrollado una considerable amistad con las

que flaqueaban —según el punto de vista de Stalin— fueron exiliados, encarcelados, ejecutados; en 1948 se produjo la excomunión de Tito. Empezaba una trágica rueda: la purga continua.

El anticomunismo

En el mundo occidental comenzó a su vez la ola de anticomunismo. Los comunistas que se habían ganado admiración y respeto durante las resistencias nacionales volvieron de nuevo al "ghetto". Un sistema estudiado de recuento de votos evitaría que en Francia y en Italia los partidos comunistas, con mayor nú-

sino a toda una izquierda con mayor amplitud. Huyendo de esta purga, los partidos socialistas viraron a la derecha: exhibieron de nuevo sus razones de separación de los comunistas y, a veces, fueron sus más denodados persecutores. Se trataba, sobre todo, de no ser confundidos con ellos. Las formas nacionales de guerra fría han tenido consecuencias funestas. Si en la Unión Soviética mantuvieron el sistema de la purga continua, en Europa Occidental produjeron un destroz en el ideal común de la izquierda, la fragmentación de los partidos no comunistas y una inestabilidad surgida de que las coaliciones anticomunistas en las Cámaras no representaban unas doctrinas positivas comunes, sino una acción común negativa: el anticomunismo. Al mismo tiempo, las opiniones políticas de las naciones no estaban dosificadas en las Asambleas por el falseamiento de los equilibrios electorales en los nuevos sistemas matemáticos inventados para la ocasión. Para el desarrollo de la democracia, el anticomunismo de guerra fría fue más funesto que para el propio comunismo, que en Italia y Alemania no descendió sensiblemente en votos y en militantes.

El miedo y McCarthy

El problema más grave de la guerra fría interior lo sufrió Estados Unidos. Truman había abrazado la causa de la guerra fría, pero mantenía ciertos planes de Roosevelt y de su partido en el interior: el programa del New Deal, con sus ideas de elevación de salarios y control de precios, una fiscalidad elevada y un intento de dirigismo sobre el libre mercado. Todo ello hacía que Truman apareciera, paradoja de las paradojas, como un rojo para los sectores conservadores del país. En el campo internacional, la guerra fría aparecía como favorable a los soviéticos: el bloqueo de Berlín, la actuación de la diplomacia soviética en la ONU, la victoria de Mao en China, con la consiguiente implantación del comunismo, y la guerra de Corea. Todo se atribuía a la debilidad de Truman. Nada tan grave, sin embargo, como la noticia —en 1949— de la primera explosión nuclear de ensayo por parte de la URSS. Se mezclaron en ese momento sentimientos de pánico, de fanatismo, de para-



El estadista británico sir Winston Churchill fue uno de los principales artífices de la guerra fría. En la foto, visitando la línea Sifrido, con el general norteamericano Simpson y los mariscales Montgomery y Brooke.

traño el paso del "cordón sanitario" al "telón de acero", después del episodio de la alianza de guerra, que fue fruto de una operación política frustrada: la de volver a Hitler contra la URSS.

Comunismo de guerra

Todo ello influye en la psicología del comunismo soviético. Po-

potencias demócratas: era peligroso. En cambio, ascendió a Jdanov, que en el veintinueve aniversario de la revolución de octubre se empleó en iniciar el regreso a la disciplina total y comenzó a desarrollar una labor de represión de los intelectuales, que habían iniciado un tímido deshielo. Al mismo tiempo comenzaba una purga en los países de nuevo comunismo; dirigentes

mero de electores, tuvieron puestos en el Gobierno —los tuvieron únicamente en los Gobiernos de coalición nacional formados provisionalmente al terminar la guerra—. Apareció en la semántica de la guerra fría un conjunto de apelativos-denuncia: "criptocomunistas", "compañeros de viaje". Mediante ellos, no sólo se perseguía a los militantes o electores de los partidos comunistas,

La guerra fría

noia colectiva. La posesión de la bomba atómica por los Estados Unidos se atribuía, en un pensamiento ingenuo, a la generosidad de Dios y a la superioridad del talento americano, en lugar de a la inventiva alemana de donde fue extraída por Estados Unidos. Que la tuvieran los soviéticos sólo podía ser obra del diablo, o de la traición: naturalmente, de las dos cosas a la vez. Fue entonces cuando apareció el senador McCarthy: presidente de una Comisión menor del Senado —la de actividades antiamericanas—, la convirtió en una auténtica inquisición, en un poder dentro del poder: en un fascismo dentro de la democracia. Comenzó —otra expresión de guerra fría— la "caza de brujas" (la expresión la popularizó Arthur Miller, el dramaturgo de quien ahora se ve en España "Panorama desde el puente", con su obra "Las brujas de Salem", decididamente antimacartista—: acusó a intelectuales, obreros, mujeres de limpieza de los centros oficiales; destrozó Hollywood, llegó a acusar al general Marshall y a altos jefes del Ejército. Así, en las elecciones presidenciales de 1952, el demócrata Adlai Stevenson no tuvo nada que hacer, con su imagen intelectual y abierta, rooseveltiana, frente a un militar de renombre heroico, Eisenhower, presentado por el Partido Republicano. Ganó fácilmente las elecciones, creó un Gobierno que era realmente un gabinete de guerra fría, con miembros procedentes del gran capital: el más duro, el que iba a inventar para la guerra fría otra frase, la de la "política del borde del abismo", era Foster Dulles, secretario de Estado. Y, como vicepresidente, Richard Nixon... Nada de esto contuvo a McCarthy: siguió en sus ataques, elevándolos de tono. Llegó a acusar al propio Presidente Eisenhower... Pero la realidad era que el gran núcleo conservador ya no le necesitaba. El poder oficial coincidía ya con sus intereses; y McCarthy fue destituido, enviado a una subcomisión oscura; finalmente, el Senado votó una moción de desconfianza contra él y se perdió en la oscuridad en 1954.

Un deshielo

Pero para entonces ya había muerto Stalin. La fecha de marzo

de 1953, en que muere Stalin, se considera, oficialmente, como el final de la etapa más aguda de la guerra fría. En realidad, habría que esperar hasta una crisis mayor, la llamada crisis del Caribe, en 1962, para que se iniciara realmente el principio de la "coexistencia pacífica", que es el verdadero fin de la guerra fría, primera parte.

La muerte de Stalin fue seguida de la ascensión, primero compartida y luego solitaria, de Krutchev. Fue él quien anunció la "destalinización" —y el verdadero "deshielo", título de una gran novela de Ehrenburg que describiría la situación— y tendería la mano de la coexistencia; pero fue también él quien, en plena Conferencia de París, denunciaría abiertamente a Eisenhower por el asunto del "avión espía" U-2, derribado sobre territorio soviético; su piloto, Gary Powers, revelaría toda la acción

de espionaje de Estados Unidos. Y fue él quien ordenó la represión de Budapest, en cuya insurrección tuvieron sin duda gran parte —sin disminuir por ello el fondo popular antisoviético y contrario al Gobierno comunista— los servicios de inteligencia de Alemania y Estados Unidos y la Iglesia, personificada por el cardenal Mindszenty, que se refugió en la Embajada de Estados Unidos —la participación de la Iglesia en la guerra fría, bajo Pío XII fue constante—. Pero fue él quien negoció con Kennedy la crisis del Caribe, provocada por la denuncia americana de instalación de missiles soviéticos en la isla, a unas millas de territorio de los Estados Unidos.

Si Krutchev es un nombre decisivo en la terminación de la guerra fría, lo es también Kennedy, izado al poder en sustitución de Eisenhower para iniciar por fin una etapa de apaciguamiento.



Kennedy y Krutchev fueron dos hombres decisivos en la terminación de la guerra fría. En la foto, ambos estadistas durante un encuentro en Viena.

to. Apenas le dio tiempo; fue asesinado en plena tarea, cuando intentaba dismantelar la iniciada guerra de Vietnam. Asesinado, muy seguramente, por su condición de amortiguador de la guerra fría.

El momento de conjunción de Kennedy en la Casa Blanca, de Krutchev en el Kremlin y de Juan XXIII en el Vaticano, desarmando todo el gran tinglado de la guerra fría y abriendo horizontes nuevos, fue uno de los pocos que registró nuestra época como prometedores, dentro de todas las relatividades posibles.

Lo que nunca terminó

Duró poco. Asesinado Kennedy, destituido Krutchev, muerto Juan XXIII, la tensión volvió poco a poco a instalarse. La guerra de Vietnam, las guerras de Israel, el destroz de Oriente Medio son episodios que nos han demostrado que la guerra fría no ha terminado. La coexistencia ha sido un periodo que ha servido, sobre todo, para mantener cercadas y bajo control las situaciones de conflicto a nivel local, incluyendo una de tan graves proporciones como la guerra de Vietnam.

Lo que se considera ahora como nueva guerra fría, tras el conjunto de crisis que significa el desafío de la energía, el hundimiento de la economía en Occidente, el cerco a la URSS, el triunfo de los dúos en el Kremlin, la dureza y "conversión" del Presidente Carter, es que las situaciones locales no se limitan a sus propios términos, sino que se llevan a la cuestión de las dos grandes potencias en presencia.

Probablemente, todos los datos históricos no se pueden repetir exactamente. Se ha desmenuzado suficientemente el daño de la guerra fría y sus responsabilidades —lo que se llama "tercera vía" de los historiadores norteamericanos ha hecho el análisis de la responsabilidad de Estados Unidos—, y la construcción de las sociedades occidentales ha llegado a un punto de delicadeza tal, que difícilmente resistirían una guerra fría prolongada. Esto quizá sea peor: para muchos, la única alternativa posible es la guerra abierta. ■ J. A.